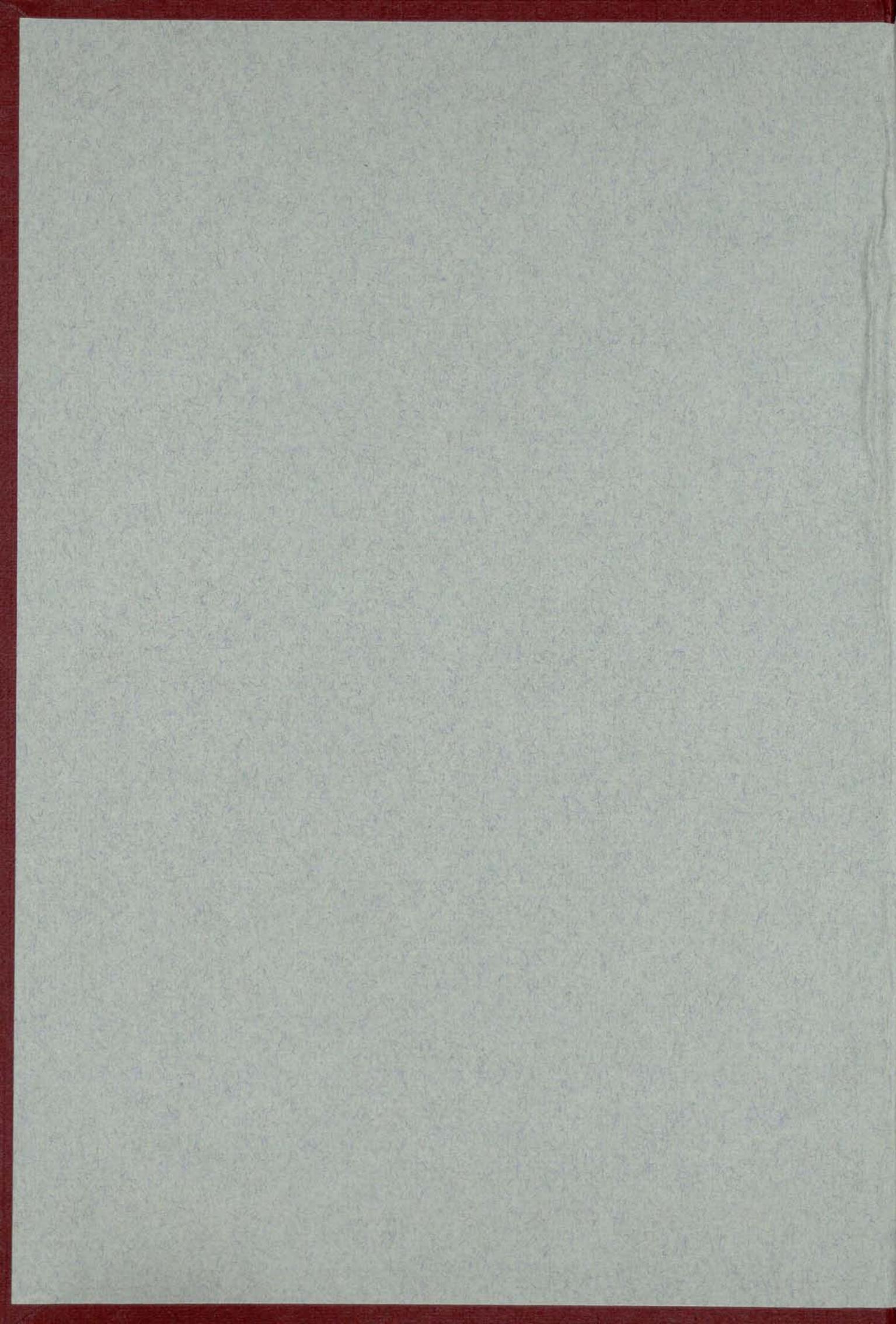


A-Caj.181/8





A. Gaj 181/8

R
138952

Segajo
Armona
Nº 20

PANEGIRICO

Santo Tomás de Aquino

por

EL R. P. DOMINICO DR. ANGEL GILIAN

EL DOMINGO 21 DE MAYO DE 1897

EN LA IGLESIA PARRROQUIAL DE SAN JOSÉ DE MADRID

CON MOTIVO

de la cultura y devoción dedicada al Angel de la escuela por cinco siglos y tres
centos años de su nacimiento en la localidad de Aquino.

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

MADRID

IMPRESA DE ANGEL DE VELAZCO
CALLE DE LA PAZ, 8.

1897



PANEGÍRICO
DE
Santo Tomás de Aquino

PRONUNCIADO POR EL

M. R. P. DOMINICO FR. ÁNGEL CIARÁN

EL DOMINGO 21 DE MARZO DE 1897

EN LA IGLESIA PARROQUIAL DE SAN JOSÉ DE MADRID

CON MOTIVO

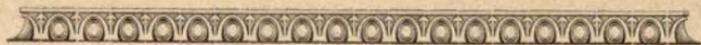
de la solemne función dedicada al Angel de las Escuelas por cincuenta y tres
Catedráticos numerarios de la Universidad Central.

~~~~~  
CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA  
~~~~~

MADRID
IMPRESA DE ANGEL B. VELASCO
Travesía de la Parada, 8.

—
1897





In captivitate redigentes omnem intellectum vestrum in obsequium Christi... rationabile obsequium vestrum. (II Cort., cap. X, v. V, et Rom., cap. XII, v. 1.º)

Excmos. é Ilmos. Señores:

SEÑORES:



AL exponer los paralelos á que se presta la misión providencial del doctor Angélico, un sabio ofrece á nuestra vista con admirable maestría, tres Monarcas de la ciencia: Adán, el sabio de la ley natural; Salomón, el sabio de la ley antigua, y Santo Tomás, el sabio de la ley de gracia.

Cual si Dios no fuese bastante feliz entre los misterios de la eternidad teniendo por escabel los tronos de los Ángeles, quiso formar un ser algo menos noble que esos espíritus, para que uniendo en él el espíritu y la materia, se colocase por un lado entre los confines de la nada, y por otro tocase el cielo con su frente llevado en alas de una alma espiritual é inmortal.

Y un día descendió Dios de su Trono con toda su ma-

jestad y realeza, y cual soberano artífice formó del barro una estatua; pero no brillaban aquellos ojos, el corazón de aquella, ser inmoble, no palpitaba, ni una sonrisa salía de aquellos labios en señal de agradecimiento al Criador que ante él se levantaba, y su lengua no se movía para bendecir al divino artífice: parecía la estatua del silencio; pero Dios no había terminado su obra. Le sopló en la frente y le infundió espíritu vivificador; y aquel ser frío é inmoble levantó su frente convertido en hombre: brillaron sus ojos y miró á su Dios, palpitó su corazón y envió un suspiro á su Dios, se movieron sus labios y entonó un himno en acción de gracias, eco sonoro de aquel concierto armonioso que había resonado entre los coros de los Ángeles en los albores de la creación.

Un Rey saludaba á otro Rey; el Monarca de la creación al dueño absoluto de todos los seres. Y en medio de aquella naturaleza que alegre sonreía, paseábase Dios con el primer hombre, instruyéndole en sus verdades y revelaciones, para que luego fuese él el maestro de sus hijos y el mentor de sus descendientes.

El día en que comas del árbol que simboliza la ciencia del bien y del mal, morirás, le dijo Dios, y Adán miraba atento á aquel árbol sin recordar entonces que á su sombra iba á levantar muy pronto su propio sepulcro y el panteón de sus hijos. Una armonía admirable reinaba en los elementos que constituyen á ese hombre. La parte inferior estaba sometida á la parte superior, los sentidos á la razón y la razón á Dios.

Pero Adán, cobarde, tembló delante de su compañera y ansioso de saber la ciencia del bien y del mal, prevarió queriendo en su soberbia ser tan grande como Dios: su cetro cayó al punto hecho pedazos, su corona rodó por el suelo, y aquel hombre á quien Dios había infundido la

ciencia de todas las cosas, al decir de Santo Tomás, salió de aquel lugar, testigo de su inocencia y de su primer amor, llevando dentro de sí esa lucha terrible de los sentidos contra la razón y de la razón contra Dios; su inteligencia quedó cubierta de sombras y su corazón herido y chorreando sangre.

Ahí tenéis al sabio de la ley natural, que víctima de su soberbia cayó de su pedestal de gloria.

Frente á la estatua del sabio de la ley natural han levantado la estatua del sabio de la ley antigua.

El sabio de la ley antigua, á quien Dios infundió mirada de profeta, genio de gigante y una sabiduría superior á la sabiduría de los Árabes, Caldeos, Persas, Indios y Egipcios; aquel hijo de David á quien dijo el Señor que no se había levantado ni existiría otro que le igualase en el conocimiento de las ciencias políticas y naturales, aquel monarca de Jerusalén, que extendió su cetro desde las riberas del Eufrates hasta las fronteras del Egipto y desde el Septentrión hasta el Mediodía; Salomón, que disputó desde el cedro que se levanta en el Líbano, hasta el humilde hisopo que nace en la pared (1), aquel hombre extraordinario que con su inteligencia luminosa descubrió los arcanos de la naturaleza, también prevaricó cautivo entre redes de fuego y sofocó entre brutales placeres la sabiduría que había recibido del Padre de las luces; y es que, como nos enseña Santo Tomás (2), las potencias intelectuales, á semejanza de los órganos de la potencia viva, se debilitan á causa de los goces materiales, y así como la privación del principio de la visión corpórea produce la ceguera de los ojos, así también la privación del

(1) Lib. III de los Reyes.

(2) 2. 2.^o Q. 15. art. 1.^o

principio de la visión del entendimiento origina la ceguera de la mente.

Pero hay otro genio que resplandeció sobre Adán y Salomón por lo celestial de su sabiduría, el sabio de la nueva ley, el Salomón de la ley de gracia, Santo Tomás de Aquino, apellidado el esplendor del Verbo encarnado, y si la soberbia aprisionó entre cadenas al sabio de la ley natural, y si los placeres labraron la ruina del sabio de la ley antigua, por su pureza inmaculada y su humildad profunda supó el doctor Angélico conquistar la ciencia de la razón y la ciencia de Dios; hizo converger á un solo punto los resplandores de la inteligencia y de la revelación, y nos legó en sus obras inmortales la revelación razonada, la armonía de la Teología y de la Filosofía, de la razón y de la fé.

Ved aquí, señores, el pensamiento que me propongo desarrollar esta mañana.

Bien sabéis que solo un gigante puede seguir las huellas de otro gigante, solo un genio puede medir á otro genio, sólo un héroe puede cantar debidamente las maravillas de otro héroe, y al débil pajarillo que ha nacido entre la humilde retama, sólo le es dado admirar desde lejos el atrevido vuelo del águila que como reina de la inmensidad se sobrepone á las agitaciones de la atmósfera y á las revueltas del mundo para mecerse entre las suaves ondulaciones del éter.

Habéis comprendido mi pensamiento; y ahora elevad conmigo una plegaria al Padre de las luces, poniendo por medianera á aquella bendita mujer á quien siempre invocaba el doctor Angélico al comenzar sus tareas, con las palabras de la salutación angélica:

AVE MARÍA



DESDE la eternidad brillaban en la mente divina las miradas de seres que un día habían de ser llamados á la realidad, y cuando á Dios plugo difundir su amor, dice Santo Tomás (1), de dos maneras fluyeron las cosas del Verbo de Dios, una en el entendimiento angélico, y otra para existir en las propias naturalezas.

En la inteligencia divina existían *ab aeterno* los tipos ó las razones estables de todas las cosas, como en la mente del artista existe el ejemplar de sus producciones; y allí existían de altísima manera esos mundos de luz que bajan á la tierra, cual deslumbradoras cascadas convirtiendo los espacios en centelleante mar; esos astros que en

(1) 1.^o Part. quæst. LVII, art. 2.^o

noche serena parecen brillantes desprendidos de la corona del sol al hundirse tras las cumbres del Occidente, los campos tapizados de flores, los abismos insondables del mar, el sol que marcha en su carrera luminosa, cual soberbio gigante, la luna que brilla como una lámpara en el gran templo de la Naturaleza, todo cuanto ha sido llamado á la realidad, todo cuanto ha existido en el Universo, ha existido primero en el Eterno Universo, que gira dentro de la frente divina.

Y esos mundos de seres cuyos eternos ejemplares existían en Dios *ab æterno* no solamente fluyeron de él para existir en sus propias naturalezas, sino que descendieron también al entendimiento angélico, grabándose en él con eternos caracteres las imágenes de todos los seres espirituales y corporales. Y como al obrar sigue el ser, según axioma filosófico, siendo los Ángeles sustancias puramente espirituales, no reciben para su conocimiento las imágenes de las mismas cosas; sino que ó contemplando en el Verbo las ideas típicas de los seres ó por las imágenes impresas por Dios en su entendimiento (1) ven las cosas en sus propias naturalezas, semejantes al mismo Dios que mirándose á sí mismo conoce todas las cosas, cual si el mundo creado con sus ángeles, hombres, astros, mares, ríos y montañas existiese materialmente dentro de su inteligencia.

Pero el hombre semejante al Ángel por la nobleza de su inteligencia, vegeta con las plantas y siente con los animales por la humilde condición de sus sentidos, y ahí le tenéis tocando con sus pies la tierra porque es polvo, y con su frente el cielo porque es espíritu. Y Dios al dotar al hombre de inteligencia y voluntad, dióle también un

(1) 1.^a Part. quæst. 57, art. 7.^o

cuerpo proporcionado á estas nobilísimas facultades que deben regir este mundo de ideas y de sentimientos. Y el hombre aparece recto como en actitud de subir á las alturas, y yergue su frente, cual si el azul del cielo fuese su corona de gloria.

Lleva sus ojos levantados, y brillan esos ojos al mirar al cielo porque ese cielo es su patria, alza su frente en señal de majestad, y dentro de esa frente brilla un destello de la divinidad. A esa inteligencia le fué entregado un cetro y al imperio de la inteligencia y de la voluntad su compañera, el hombre se mueve. Anda, le dicen la inteligencia y la voluntad, y el hombre anda; llora le dicen, y el hombre llora; búscame un objeto que ame, dice la voluntad á la inteligencia, y la inteligencia obediente aprehende un objeto amable; ama este objeto, dice la inteligencia á la voluntad, y la voluntad ama.

Pero á pesar de esta dominación de nuestra inteligencia y de nuestra voluntad, el alma encerrada en esta frágil envoltura, necesita de los sentidos para entender y para amar; pues según axioma filosófico, nada hay en el entendimiento que no haya existido antes en los sentidos: *nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*.

Es condición necesaria de una inteligencia unida sustancialmente al cuerpo, dice Santo Tomás, el que no pueda conocer los objetos exteriores más que al través del cuerpo (1), y nuestra inteligencia necesita imágenes para conocer las concepciones generales de las cosas (2) y al pasar las especies de las cosas sensibles de los sentidos exteriores á la facultad imaginativa, el entendimiento acti-

(1) 1.^a Part. quæst. 12, art. 4.^o

(2) 1.^a Part. quæst. 12, art. 4.^o *Cognitio fit secundum quod cognitum est in cognoscente.*



vo las despoja de esas cualidades sensibles y las convierte en especies inteligibles; pues según la gráfica expresión de Santo Tomás *intellectus agens se habet ad phantasmata sicut lumen ad colores*: esta luz intelectual que brilla cual lumbre creadora dentro de nuestra frente, es con relación á las imágenes de nuestra fantasía, lo que la luz natural es con relación á los objetos sensibles que afectan nuestra vista, y así como nuestra potencia visiva envuelve en esa misma luz que hace brillar á nuestros ojos los objetos exteriores, y los despoja de sus cualidades materiales para formar al punto las imágenes topografiadas de los objetos en que se fija, así también nuestro entendimiento agente rodeado de esa luz intelectual, destello de la lumbre increada que resplandece en el santuario de la inteligencia divina, envuelve en esa misma luz las imágenes de nuestra fantasía, las purifica, las espiritualiza, las hace inteligibles de tal suerte, que al ser recibidas en el entendimiento *posible*, resulta ese fenómeno sorprendente del espíritu humano que llamamos intelección, y alcanza el hombre la ciencia de las cosas con sus propias fuerzas.

¿Y quién detiene ahora los vuelós de esa inteligencia? Sube á las alturas, baja á los abismos, pasa los mares, y no encuentra valladar que le detenga. Las altísimas montañas no detienen su marcha; abarca los espacios y se sumerge en el seno mismo de Dios.

Ella se pasea ufana por los astros, por los campos y por los mares, forma dentro de sí otros mares, otros campos y otros astros, y aún cuando cierre sus sentidos en las inmensidades de su alma, ve brillar los astros, siente el aroma de las flores y oye el rugido de los mares. Con sola la lumbre natural, los filósofos han llegado á demostrar la existencia de Dios, la inmortalidad del alma y algunas otras verdades fundamentales. Nada más débil al parecer

que el destello de esta inteligencia, encerrada en sombría y frágil envoltura, y nada en realidad más penetrante y avasallador que la perenne centella que de esta inteligencia brota, y por espacios infinitos se difunde. Cielo y tierra, abismos y alturas, hasta el mismo Dios son territorio donde la humana mente ejerce su dominio. Donde quiera que palpite un ser, allí hay un vasallo que rinde homenaje á nuestra inteligencia; y todo Dios, sino de total manera, es objeto de ella, y nuestra inteligencia puede á su manera decir á Dios: *Filius meus es tu, hodie enim genui te* ¡Dios! eres mi hijo, porque yo te he concebido dentro de mi frente.

Sin embargo, la inteligencia humana tiene también sus límites, y después de enseñorearse del mundo de la ciencia humana, al pretender pisar los umbrales del mundo sobrenatural encuentra el dedo de Dios y oye una voz que le dice: de aquí no pasarás; y entonces, señores, la inteligencia humana se humilla y se confunde.

La inteligencia del hombre y la inteligencia de Dios, dice Goethe (1) son dos cosas muy diferentes, y la inteligencia del hombre, que como hemos visto forma sus ideas y concepciones tomadas de los objetos infinitos, no puede abarcar con su mirada las inmensidades de la inteligencia infinita y absoluta de Dios; no puede aplicar sus concepciones á Dios sino de una manera imperfecta y por analogía, como nos enseña Santo Tomás (2), y por eso la Naturaleza divina, sus propiedades y atributos permanecen envueltos siempre para nosotros en una nube, que sólo los rayos luminosos de la revelación podrán traspasar.

(1) Eckerman, Gespräche mit Goethe I, p. 227.

(2) Sum. Theol., quæst. XIII, art. 5.^o

Áun sin salir de la esfera de las cosas terrestres no todo lo comprende el hombre: la Naturaleza misma tiene sus misterios. Sólo Dios, dice Platón (1), puede dar á las cosas su verdadero nombre, pues sólo él conoce la naturaleza íntima de las cosas, porque él las ha creado. La Naturaleza, dice Goethe, encierra siempre algo de problemático, que la inteligencia del hombre no puede comprender. Conozco las leyes de la atracción, decía Newton, pero si se me pregunta lo que es, no tengo respuesta que dar. La luz, la electricidad: he ahí enigmas indescifrables; y porque nosotros ignoremos la naturaleza ó la esencia de estas causas físicas, ¿hemos de negar por esto su existencia y los múltiples y asombrosos efectos de estos agentes de la Naturaleza?

Y si en el mismo reino de la Naturaleza, hay innumerables causas ó agentes cuyas esencias nos son desconocidas, pero que no por esto las negamos, yo no sé por qué el racionalismo, llevando por lema aquel absurdo principio: *quod non intelligo nego*, lo que no entiendo lo niego, ha de negar la existencia de otras verdades que exceden la capacidad de nuestra inteligencia abandonada á sus fuerzas naturales.

Pero si estas verdades llegan á deslumbrar con sus chispeantes resplandores nuestra pobre inteligencia, Dios se encarga de reforzar esta potencia visiva de nuestra alma, y teniendo para esto por cátedra el mundo y la humanidad por discípulo, Dios enseña sus misterios al hombre que movido por una autoridad superior, presta su asentimiento informado por la fé, que al decir de Santo Tomás (2), es la adhesión del entendimiento á cosas que

(1) Cratylo, p. 438.

(2) 1.^a, 2.^{ca} quæst. 67, art. 3.^o

no se ven, pero que se creen sobre el testimonio ageno; y, si como dice un filósofo (1), apoyados en el testimonio de otros hombres, nosotros creemos con igual firmeza que la república, el imperio y los personajes de la antigua Roma han existido, así como en virtud de nuestra intuición inmediata creemos que el todo es mayor que su parte, con doblada razón debemos prestar nuestro asentimiento á los dogmas de fé, porque Dios no engaña ni puede engañar cuando habla al hombre.

La razón y la fé son dos hermanos gemelos, que siempre deben marchar en perfecta armonía, pues la razón sin la fé, conduce muchas veces al racionalismo, y la fé sin la razón fácilmente lleva al fanatismo.

Los misterios superan nuestra razón, dice Leibnitz (2), porque contienen verdades que no están comprendidas en este encadenamiento; pero no son contrarias á nuestra razón, ni contradecirán ninguna de las verdades á donde puede conducirnos semejante encadenamiento.

La Iglesia ha definido (3) que jamás puede encontrarse lucha alguna entre la razón y la fé, porque ambas proceden de una misma fuente, de la fuente de la verdad eterna é inmutable, y Santo Tomás (4) establece la armonía de la fé con la razón, con estas admirables sentencias: Aunque la verdad de la fé cristiana exceda los límites de la razón humana, sin embargo, es imposible que esté en oposición con las leyes naturales é inmanentes de la razón; porque lo que la razón lleva naturalmente en sí es tan evidentemente verdadero, que no es posible suponer

(1) P. Guevara, S. J. Lógica.

(2) Discurso preliminar de la armonía de la fé con la razón, § 63.

(3) Sac. Congreg. Indic. die 11 Junii 1885.

(4) Contr. Gent. 1-7.

que sea falso. Pero á su vez la fé, apoyada en la autoridad evidente de Dios, no puede estar tampoco sujeta á error. Por consiguiente, puesto que lo falso no es otra cosa que lo opuesto de lo verdadero, es absolutamente imposible que las verdades de fé estén en contradicción con los principios naturalmente conocidos de la razón.

La fé, dice San Agustín (1), no se opone al conocimiento racional, al contrario, debes trabajar, por ver á la luz de la razón las verdades que crees ya por la fé.

Es muy ventajoso para el espíritu humano, dice Santo Tomás (2), ejercitarse en sondear, por medio de analogías los misterios de la fé, siempre que no tenga la pretensión de demostrarlos y comprenderlos hasta la evidencia. Por la filosofía á su vez, dice San Agustín (3), se engendra la fé tan saludable, y por ella se nutre, se defiende y se confirma. Clemente Alejandrino (4) llama á la filosofía preliminar de la fé cristiana, y Orígenes (5) la apellida preludio y auxilio del cristianismo.

Y esta sublime armonía de la razón y de la fé no la encontramos fuera de la religión revelada; pues si en las religiones de invención humana se ha dicho, que todo á la razón y nada á la autoridad, ó todo á la autoridad y nada á la razón, en la religión divinamente inspirada, se ha dicho: respeto á la autoridad y uso legítimo de la razón principiando por cautivar nuestro entendimiento en obsequio de la fé, y creyendo que este homenaje es razonable: *Redigentes intellectum in captivitatem fidei: rationale obsequium vestrum.*

-
- (1) Ep. CXX ad Consent.
 - (2) Contra Gent. VIII.
 - (3) De Trinit. lib. XIV, c. I.
 - (4) Strom. lib. I, cap. 16.
 - (5) Ad Greg. Thaum.

Por eso, nunca el genio de Aquino me parece tan grande y tan gigante como cuando extendida una mano hacia el altar divino del santuario y la otra hacia el ara del templo de la filosofía, le contemplo cual personificación viviente de la revelación razonada, de la filosofía y de la fé.

Con la antorcha de la fé en una mano, y la antorcha de la razón en la otra, dice un sabio (1) se lanzó al espacio, penetró el tiempo, recorrió la escala de los seres, se elevó al Criador, y posesionándose del Orbe, se sentó en lo alto de los siglos y unió las dos antorchas, formando con ellas una sola llama y las fijó entre los brazos de la Cruz, desde donde, como un sol encendido, brilla con luz imperecedera, iluminando el santuario de la verdad á los ojos del mundo, y reflejando sobre los hombres los destellos de su claridad racional y divina.

Tiempo hacia que los Padres, Doctores y Apologistas de la Iglesia se habían servido de la filosofía y de la revelación para enmudecer á los corifeos del error y de la mentira, y con la fé por guía, y empuñando las armas de sus mismos enemigos, bajaron á la candente arena para defender los fueros sagrados de la verdad y de la ciencia. Allá se presentó San Justino mártir y filósofo, que desde las academias de los griegos lanza un grito de guerra á los emperadores romanos presentando por muralla la filosofía griega y por castillo el santuario de la fé. San Ireneo refutando en su mismo origen las herejías de los Orientales, que los Gnósticos habían extendido por los confines del imperio romano. San Clemente de Alejandría, que dando un nuevo impulso al movimiento de la filosofía de la historia, presenta sus obras inmortales don-

(1) Pidal, Vida de Santo Tomás.

de campean la filosofía y la fé. Orígenes, que versado en los dogmas sagrados y en la ciencia de la Grecia y de todo el Oriente, hermana la filosofía con la fé en sus obras de eterna memoria. Tertuliano, que presentando á los filósofos del Paganismo sus mismas armas, les dirige aquel atrevido reto: ni en la ciencia ni en las costumbres tenemos competidores. Arnobio, en sus luchas con los gentiles y Lactancio en sus Divinas Instituciones piden sus razones á la filosofía y á la fé sus resplandores. San Atanasio, martillo de los arrianos. San Juan Crisóstomo, el príncipe de los oradores. San Basilio Magno y San Gregorio Nacienceno, que salen armados de todas armas del templo católico y de las escuelas de Atenas, emporio de las letras humanas. San Jerónimo, el maestro de las Santas Escrituras y de las lenguas orientales y el clásico entre los latinos. San Agustín, que hermanando la ciencia divina y la ciencia profana, humilla á los Académicos y Maniqueos y levanta en medio de los siglos la Ciudad de Dios, esa obra inmortal que vale más que todas las obras de los antiguos filósofos, al decir de un filósofo de nuestros días. Y si algunos siglos más tarde se presenta en Oriente Juan Damasceno hermanando en su libro *De Ortodoxa fide* la ciencia de los Padres y la sabiduría de los griegos, y colocando los primeros fundamentos de su renovación filosófica en Occidente se levantan Boecio que mantiene viva la tradición filosófica, y San Anselmo que siguiendo las huellas del Doctor de Hipona, los ojos fijos en Dios y adiestrada su inteligencia en las especulaciones de la metafísica, presenta el plan de una filosofía religiosa, y en su método expositivo se ensayó Pedro Lombardo para admirar al mundo con sus Sentencias aplicando la razón á los principales fundamentos de la Teología.

Pero aquella ciencia necesitaba una fórmula, un or-

ganismo completo y adecuado al fin que perseguía, y esa fórmula fué el Aristotelismo, y el genio que encarnó la filosofía peripatética en la doctrina teológica fué Santo Tomás de Aquino.

Si Platon por su elevación idealista mereció el renombre de semicristiano; sin embargo la filosofía de Aristóteles florecía más en las escuelas, y era aceptado su método por los Padres de la Iglesia, condenando al mismo tiempo sus errores. Aristóteles, el ídolo de las escuelas, había tenido célebres comentadores que se esforzaron por señalar su camino á la civilización europea; la generalidad de los hombres doctos seguían las huellas del estagirita, se extendían sus traducciones, y Santo Tomás, conociendo la dirección de los espíritus y la profundidad y solidez de la filosofía aristotélica, la purificó é iluminó las verdades de aquella filosofía con las verdades de la revelación: dominó la anarquía que reinaba en las escuelas, y armonizó con los dogmas de la fé las doctrinas de Aristóteles.

Apenas contaba aún cuatro lustros, cuando se presentó en medio de la Europa con los comentarios á las Sentencias del célebre Pedro Lombardo, y los sabios se prostraron de hinojos para besar las plantas de aquel niño que tan coloso aparecía en sus más tiernos abriles.

Dirigió una mirada á la filosofía griega, y suspiró al ver tanta grandeza mancillada con tantos errores; pero deja caer un rayo de su frente sobre aquel monumento de la ciencia, y desaparecieron las nebulosidades del sofisma, y apareció pura y hermosa la verdad con sus bellezas y encantos, y el mundo sabio inclinó su frente ante la gigantesca figura del filósofo.

Sólo un genio como Tomás, podía iniciar y llevar á cabo semejante empresa; Santo Tomás había acumulado en su frente la ciencia de todos los siglos, y semejante al

Océano que recibe en su inmenso seno las aguas de todos los ríos, así Tomás encerró en su inteligencia las aguas vivas del saber que brotaron de las obras de los antiguos filósofos; purificó aquellas ondas y las encauzó hacia las riberas del mundo sobrenatural:

Cuanto enseñaron los Padres y Doctores de la Iglesia, que antes de él habían florecido, no solamente lo comprendió Santo Tomás hasta en sus últimos ápices sino que expuso é ilustró aquellas verdades con esa precisión y claridad que llevan consigo la filosofía y la fé armonizadas.

La armonía entre la razón y la fé resplandece de una manera singular en las obras de Santo Tomás, dice León XIII, al proclamarle Patrón de la Enseñanza Católica (1). En ellas unas veces sobresale y descuella la inteligencia que iluminada en sus caminos por la antorcha de la fé, se apodera con valentía de los más profundos arcanos de la Naturaleza; otras veces aparece la fé corroborada y rodeada de nuevos resplandores merced á los esfuerzos de su poderosa inteligencia, y cuando la necesidad así lo exige, se las vé á las dos marchar de común acuerdo y en amigable consorcio, triunfando por completo de los que habían osado menoscabar alguno de sus derechos.

El racionalismo escolástico y el panteísmo oriental amontonaron escombros y ruinas en la Edad Media, cuando al exajerar el poder y los derechos de la razón, pretendieron penetrar sin más luces que los rayos de la inteligencia en los profundos arcanos del saber, pero desde el momento en que el genio creador de Aquino señaló á la razón su curso y á la fé trazó su carrera, desde el momento en que Tomás dijo con aire de majestad: aquí concluye

(1) *Cum lux sit.*

la razón y allí comienza la fé, desde el momento en que nuestro doctor Angélico hizo converger en sus obras á un solo punto los resplandores de la filosofía y de la revelación, la sociedad tomó otro rumbo, todo cambió, ideas, costumbres, códigos, instituciones, y la filosofía sirvió de pedestal á la teología.

Pero si la ciencia sin la fé puede conducir á un abismo, la fé sin ciencia podrá llevar á otro abismo; y si los dos falsos misticismos de la Edad Media fueron manantiales fecundos de graves errores, desde el momento en que Tomás presentó armonizadas la ciencia y la fé y aplicó á la Teología las fórmulas científicas, se inauguró la reacción victoriosa de la Religión inspirada contra la irrupción de la ignorancia, la superstición y la barbarie.

Y es que como dice el insigne Balmes (1), cuando se desprecia la filosofía, el insulto se convierte en apoteosis: la víctima se convierte en ídolo, y el agresor en su gran sacerdote.

Desde los primeros años de su infancia, ya Tomás sintió en el fondo de su alma un deseo ardiente de saber, y Tomás *niño* ansiaba vislumbrar algo del misterio que se ocultaba tras los velos que descorrió Tomás *sabio*.

Hacia el año 1231 de la Era Cristiana, un niño descendiente de los príncipes normandos, que apenas contaba un lustro, cruzaba un día los espaciosos claustros de la abadía del Monte-Casino y acercándose á un sabio hijo de San Benito le preguntaba con la candidez de un niño y la gravedad de un sabio: ¿Quién es Dios? decidme, ¿Quién es Dios? yo quiero conocerle, y si no lo conozco no puedo vivir contento. Y es que aquel niño en sus tiernos años sentía ya brillar en su frente esos destellos de

(1) Filosofía fundamental.

inspiración que llevan á la contemplación de los misterios; y es que en la frente de aquel niño había inteligencia de cristiano que cree, y de filósofo que investiga.

La pureza inmaculada y una humildad profunda fueron las alas de que se sirvió Tomás para remontar su vuelo á las alturas y beber en la fuente misma de la sabiduría esos raudales purísimos de ciencia, con que fertilizó los campos secos y agostados que habían abandonado desesperados los sabios enemigos de la revelación.

Desde el momento en que triunfante de una mesalina inverecunda le ciñeron los Ángeles con misterioso cíngulo, las potencias de su alma se abrieron á las más sublimes verdades, y su inteligencia levantó el vuelo, perdió la cuenta del mundo y las revueltas de los tiempos, penetró en las profundidades de la eternidad y en la inmensidad de la esencia divina, y allí buscó problemas, que los mismos Ángeles adoran en silencio.

Si como nos enseña el mismo doctor Angélico (1) el negro humo del fuego de lascivia oscurece las inteligencias, para que no vean el sol de la verdad ni las luces de la fé; la pureza aviva más y más una inteligencia y hace más penetrante la mirada de nuestra alma; y si el libertinaje debilita y materializa la razón, que marcha sin rumbo fijo, ni dirección segura, oscurecida por los densos vapores de la voluptuosidad; la pureza virginal transforma al hombre en un ser extraordinario y le coloca entre los coros de los Ángeles; y si la ceguera intelectual resulta de la inmersión total del alma en los humillantes placeres de los sentidos, la inmaterialidad es la raíz del conocimiento como nos enseña Santo Tomás (2), y estando la

(1) Quæst. 153, art. 5.º

(2) Part. I, Quæst. XIV, art. 1.º

inteligibilidad en razón directa de la abstracción, de ahí que la inteligencia del hombre se eleva tanto más cuanto más se aparta de las ilícitas concupiscencias.

Así se comprende, señores, el que Santo Tomás, llamado doctor Angélico por su pureza virginal, estudiase en brevísimo tiempo, y conservase en su memoria de 400 á 500 volúmenes; así se comprende el que Santo Tomás, convirtiendo su inteligencia en archivo universal de todas las ciencias divinas y humanas, estudiase cuanto enseñaron los literatos, los físicos, los exegetas, los canonistas, los filósofos romanos, griegos, árabes y judíos y cuanto enseñaron los Padres y Doctores de la Iglesia por espacio de doce siglos.

Escuchadme condesa,—decía un día un ermitaño á una señora á las puertas de un castillo feudal de Italia:— El fruto que lleváis en vuestro seno será el asombro del Universo por su santidad y sabiduría; será un sol que brillará en el firmamento de la Iglesia; le pondréis por nombre Tomás, que significa *abismo*; y abismo de ciencia fué verdaderamente el doctor Angélico, á donde descendieron las inundaciones del cielo y las cascadas vivientes que brotan de la sabiduría eterna.

Pero si la pureza inmaculada de su alma fué el gran secreto de sus investigaciones científicas, y de aquella intelección angélica con que penetraba hasta los más profundos arcanos de la filosofía; era también la humildad la que le impulsaba á doblar su frente para recibir sobre su cabeza el bautismo de las grandes revelaciones, y para presentar á las generaciones la concordia de la ciencia del hombre y de la ciencia de Dios.

Inmóvil á los piés de un crucifijo pasaba las horas aquel humilde hijo de Domingo, estudiando en el libro por excelencia y reconociendo la nada del hombre frente

á la sabiduría increada de Dios; y Dios prendado de la humildad de su siervo que oraba en silencio pidiendo luces al Padre de las ciencias le revelaba los arcanos de la ciencia divina, y la Iglesia nos dice de él, que iluminado por Dios penetró los más altos misterios: *lustrato mentis oculo celsa novit misteria*.

Postrado á los pies del Redentor parecía la estatua de contemplación; pero su alma marchaba en su ascendente carrera, y semejante al águila que desdafiando los estrechos campos donde se agitan las aves rastreras, remonta su vuelo á las alturas para fijar su pupila ardiente en el disco solar y mirar á la tierra con desdén de majestad; así la inteligencia del humilde cenobita subía á las alturas donde mora la divinidad, para mirar de hito en hito al disco del sol divino, y para recibir la iluminación soberana con que Dios manifiesta al hombre sus eternas verdades.

Pedid á los dioses la ciencia, y dadla á los dioses, decía Platon (1); y esto es lo que hizo Tomás: pidió la ciencia á Dios y se la entregó después, dando días de paz y de gloria á su Iglesia santa y colocando en ella murallas impenetrables que permanecen en pié á lo largo de los siglos, porque están cimentadas sobre la eterna palabra de Dios.

Tomás se humilló ante Dios y se humilló ante los hombres, y por la suma veneración con que honró á los sagrados Doctores, dice Cayetano (2), recibió en cierto modo el entendimiento de todos; Tomás amó la pureza, y la pureza inflamó la mirada de su angélica inteligencia, y la Naturaleza le reveló sus secretos, y semejante á Moisés

(1) Dialogue.

(2) In. 2.^{am} 2.^{ae} quæst. 148, art. 4.^o in fine.

que baja de la montaña del Sinaí encendido y divinizado, llevando las dos tablas de la ley donde estaba señalado el camino que conduce al Sinaí de la Gloria, baja también Tomás de la montaña santa de la contemplación arrojando de sus ojos miradas de vidente, y llevando en sus manos las dos *Sumas*, las dos tablas de la alianza, de la fé y de la razón.

No es la Teología simplemente la ciencia de Dios, es la ciencia de Dios razonada por la palabra del hombre, la ciencia del hombre basada en la ciencia de Dios. Aunque los argumentos de razón son secundarios por su dignidad en cuestiones teológicas; sin embargo, cuando la palabra de Dios se halla razonada por esa argumentación sólida del filósofo que sondea los misterios y hace ver la posibilidad, la conveniencia ó la verosimilitud de los dogmas, entonces el teólogo-filósofo debilita y destruye las maquinaciones del sofista, porque defiende la ciencia de Dios con las mismas armas que el enemigo empuña.

Por eso las dos *Sumas* de Santo Tomás, vivirán mientras haya sabios en la tierra, porque en ellas nuestro Angélico Maestro crea la Teología y razona como filósofo.

Como tristes consecuencias de los alborotos y trastornos del siglo VIII, las herejías del arrianismo, del judaismo y las reliquias de las supersticiones paganas eran causa de llanto y de dolor para la esposa del Cordero. El cielo inspiró al General de la Orden Dominicana, San Raimundo de Peñafort, la idea venturosa de mandar á Santo Tomás que impugnara aquellas herejías que asolaban la Iglesia.

El Angel de la inspiración que oculta los arcanos de Dios, bajó con raudo vuelo á la tierra, tocó con su dedo en la frente al gigante de Aquino, y al punto apareció como creación asombrosa la *Suma contra Gentiles*, monumento de eterna memoria, donde aparece la simpática fi-

gura del teólogo-filósofo por excelencia, defendiendo los fueros sagrados de la razón y de la fé.

En esa obra imperecedera aparece la filosofía basada en la idea de Dios, que le da vida y estabilidad. Unas veces bajo la piqueta demoledora de su lógica, va desmoronando los alcázares que al error levantaron los herejes desde el principio del Cristianismo; otras veces dominando las vastas regiones del humano saber, y buscando alientos y valor en la filosofía y en los oráculos divinos, va presentando las fronteras del dogma que defienden el santuario, donde están encerradas todas las verdades de nuestra fé.

Podemos disputar con los judíos por el Antiguo Testamento, y contra los herejes por el Nuevo, dice en el libro II de esa obra (1), pero los mahometanos, y paganos no reconocen ni uno ni otro; por tanto es necesario recurrir á la razón natural, á la cual todos tienen obligación de adherirse; y demostrando después que las verdades naturales de la razón se armonizan perfectamente con las verdades de la fé presenta las pruebas razonables más profundas y sólidas de nuestra divina religión, y condenando las herejías de todos los siglos pulveriza los sofismas de sus enemigos, y consolidando más y más con las verdades de la fé los principios de la filosofía, nos lleva como de la mano al conocimiento de las más altas verdades del cristianismo.

Penetra en el santuario de la naturaleza divina; escudriña sus atributos, y demostrando que las perfecciones de los efectos están encerradas en sus causas, contempla en Dios contenidas de altísima manera las perfecciones de todas las criaturas; le contempla feliz mirándose y

(1) Cap. II.

amándose con un amor infinito, y admira su poder creador y su Providencia sin límite; estudia la Naturaleza creada, y de la contemplación de los seres criados sube á la contemplación del Creador y lee en el gran libro de la Naturaleza las grandezas de Dios, demostrando que el estudio de las maravillas de la creación conduce al conocimiento que la fé nos da de Dios y de sus perfecciones, presentando de esta suerte armonizadas las enseñanzas de los hombres y las enseñanzas de Dios.

La contemplación del Universo, dice en el libro II, nos lleva á la admiración del poder soberano de Dios, y de esta admiración surge el temor de Dios y el respeto á su ley; y obligando á sus adversarios á doblar su frente ante los incontrastables principios de la Filosofía, deduce por admirable consecuencia la conformidad de las enseñanzas de la Filosofía con las verdades de la fe.

Hé ahí á Santo Tomás creando Teología al par que Filosofía, dice el insigne Ráulica al fijar sus ojos en las brillantes páginas de la *Suma contra Gentiles* (1), héle ahí elevando sólo por la Filosofía la ciencia sagrada á incomensurable altura, y héle ahí enseñándonos él mismo que su Teología ha tomado de la Filosofía en gran parte su brillo y solidez; y si es cierto, como lo es y mucho, que no hay teólogo más grande que Santo Tomás, es porque tampoco hay filósofo más grande que él.

En el IV libro de esa obra impugna á los judíos y herejes que admiten la autoridad de las Santas Escrituras, y desde lo alto de la Teología y rodeado de los esplendores de la revelación estudia el misterio de la Trinidad y de la Encarnación, la resurrección venidera de nuestros cuerpos, y la eterna felicidad que esperamos con todo

(1) Filosofía cristiana, 2.^o part.

aquello que pertenece á la fé católica; no olvidando nunca que si esas verdades están fuera del círculo donde gira nuestra inteligencia abandonada á sus fuerzas naturales, no por eso son contrarios á la razón natural, antes bien existe entre ellas las más perfecta y sublime concordia.

Los misterios de la Trinidad, de la Encarnación, de la resurrección de los cuerpos, y de nuestra eterna bienaventuranza han de ser probados con la autoridad de las Santas Escrituras, y no con la razón natural, dice en el capítulo 1.º; pero es preciso también demostrar que no se oponen á las verdades naturales de la razón, para de esta suerte defender los dogmas de los ataques de los infieles.

Y así hermanando la Filosofía con la Teología, la fé con la razón, levanta ese templo inmortal digno del genio Aquinatense donde se dan ósculos de paz la ciencia del hombre y la ciencia de Dios; monumento de los siglos, que tiene sus fundamentos colocados en las profundidades de la Filosofía cristiana, y cuyo vértice se esconde entre los arreboles de gloria, que circundan el trono de Dios.

No es humillante ni depresivo para la inteligencia humana sujetarse á la fé divina; antes bien, la comunica pujantes bríos para remontarse á regiones más elevadas.

El sabio con la vista de su inteligencia medirá la inmensidad del firmamento, y contará sus astros; pero Tomás, reforzada su inteligencia con el misterioso lente de la fé, traspasa esas cumbres, llega á las alturas sobrenaturales, y allí escucha armonías que el oído no oyó, contempla bellezas que el ojo no vió, y los problemas de esa ciencia soberana que en el corazón del hombre no entró.

El geólogo contará las capas de la tierra, y sorprenderá los secretos de la naturaleza; pero Tomás pasa más allá todavía, y su sabiduría descubre los abismos de la ven-

ganza divina, donde ve la justicia de Dios castigando la impiedad. Vuelve la vista hacia atrás, y mide y recorre los infinitos siglos (llámense así) de la eternidad de Dios, y asiste á la generación del Verbo y á la procesión del Espíritu Santo, cuando ni aun á los Ángeles se les oía entonar himnos ante el trono del Cordero, porque no existían. Penetra en la inteligencia divina, y allí contempla los moldes ó las ideas típicas de todos los seres y á sus oídos parece llegar el eco de aquel *fiat* que resonó entre la bruma de la noche, saliendo al punto los seres que poblaron los orbes. Recorre el mundo angélico, y contempla sus órdenes, sus jerarquías y su gloria, y en esta marcha triunfal lleva unidas la fé y la razón con vínculo de reciproca amistad, de tal suerte, que al decir del Pontífice reinante, ni la razón elevada en alas del humano saber puede apenas elevarse ya á más sublime altura, ni á la fé le es dado el tener más eficaces y numerosos auxilios que los que obtuvo merced á los esfuerzos de Santo Tomás de Aquino (1).

Si queréis contemplar, dice un célebre jesuita (2), en una singular figura el engrandecimiento que puede dar á la inteligencia humana esta armonía de la razón y de la fé, de la Filosofía y de la Teología, os diré: mirad á Santo Tomás de Aquino la más vasta y la más alta representación del Verbo de Dios en un hombre; Santo Tomás de Aquino, el genio de la razón y de la fé iluminado por el doble reflejo del Verbo Creador y del Verbo encarnado, y reflejando sobre los dos mundos de la inteligencia las claridades divinas.

Santo Tomás para defender los fueros de la Iglesia,

(1) *Æterni Patris.*

(2) *P. Felix.*

trató la Filosofía como teólogo y la Teología como filósofo, y si no miráramos la Suma Teológica, la obra más grande que salió de las manos del hombre; y abrazando en ella en seiscientas doce cuestiones más de tres mil artículos enriqueció la ciencia divina con demostraciones puramente racionales, la dotó de un método casi matemático y la revistió con formas filosóficas, de tal suerte que apenas hay un artículo en la Suma Teológica, en el que junto al testimonio divino, no aparezca una prueba de razón que demuestre ó haga ver la posibilidad, la conveniencia, ó la verosimilitud del dogma.

Comienza probando la necesidad de la revelación, no solamente para conocer las verdades del orden sobrenatural, sino también las verdades naturales, que no las alcanza el hombre sino con mezcla de muchos errores, á no ser que en sus investigaciones vaya guiado por el dedo de Dios.

En la cúspide de esa gigantesca pirámide levantada por el genio creador de Aquino, aparece Dios trino y uno con todos sus atributos y perfecciones, rodeado de nubes de gloria; y apoyado Tomás en los principios de la revelación y de la ciencia, habla de Dios, como si la inteligencia de Aquino desligada de la fragil envoltura de los sentidos hubiera volado á leer y estudiar en los mismos eternos anales de la esencia divina.

En torno de Dios aparecen las criaturas que han salido del infecundo seno de la nada á la voz del Creador: los Ángeles, cual reverberos vivientes del Dios de las inteligencias, y el hombre, como punto de unión entre el mundo espiritual y el mundo material. Allí se presenta el hombre grande y feliz un día; pero caído ahora del pedestal de su grandeza: allí aparece el hombre herido y chorreando sangre, y dejando en pos de sí huellas sangrientas.

tas; pero en la noche de sus dolores lleva por faro la ley que le dirige y le alumbra, y la gracia que da aliento y valor á su vulnerada libertad.

Estudia el origen, la naturaleza y el fin del hombre; estudia los deberes y las virtudes que deben regirle, y sobre las ruinas hacinadas por el pecado aparece Dios exhalando tiernos vagidos, encarnado por amor al hombre, y llevando á su término el drama pavoroso del Calvario.

De las heridas abiertas del Redentor, ve brotar esas fuentes de gracia, que llamamos sacramentos, y al llegar á este punto exclama Tomás con el martir del Gólgota: *Consummatum est*; todo se acabó; Tomás terminó la carrera de la vida, y un discípulo del Santo, añadió á esa obra inmortal el *Suplemento* tomado del cuarto libro de las Sentencias del mismo Doctor Angélico, y en él se ven señaladas las grandes catástrofes del Universo en sus últimas agonías, y el destino del mundo de los predestinados y del mundo de los réprobos.

En la Suma Teológica aparecen en perfecta armonía la razón y la fé, la Teología y la Filosofía, pues al decir de Mr. Jourdain (1) la Suma Teológica es una obra de razón, igualmente que una obra de fé. La ciencia aparece en ella junto á la Religión, á quien presta sus demostraciones y sus fórmulas, y que á su vez ensancha los horizontes de la ciencia. En ninguna parte las verdades accesibles al entendimiento, y que son en cierto modo la base sobre la cual asienta el Cristianismo sus enseñanzas sobrenaturales, han sido expuestas con más extensión, variedad y solidez.

Tomad y leed ese monumento del saber, y no sabréis qué admirar más, si la sólida metafísica del filósofo que

(1) Philosophie de Saint Thomas. T. 1, p. 14.

discurre é investiga, ó la sublimidad del Teólogo, que tras-pasando las fronteras de la creación estudia los misterios sentado sobre el trono del Dios de las revelaciones.

Habla de Dios, habla del Angel, habla del cielo, habla del hombre y habla del mundo, y cual si hubiese visto á Dios, y hubiese vivido entre los coros de los Ángeles, y penetrado después los arcanos de la naturaleza, expone las verdades y los dogmas más profundos valiéndose de los oráculos divinos y de la más sublime filosofía; y haciendo ver que cuando la razón va acompañada de la fe, se agiganta y se diviniza y produce esa creación asombrosa que llamamos Suma Teológica: y después de la Suma, señores, decía el P. Labré, sólo nos resta la visión de la esencia divina.

Detente, Tomás, tu Suma llegó á su colmo, exclamaba el P. Labré, gloria de la Compañía de Jesús; pero no, Tomás no se detiene, y seguirá en su carrera triunfal llevando en su mano la Suma Teológica mientras haya genios en la tierra, y en el día de las grandes revelaciones lo depositará á los pies del Redentor, porque la razón y la fé, como todas las cosas, se juntan, se enlazan y subsisten en Jesucristo.

La Suma Teológica, dice Mr. Cousin (1), es uno de los monumentos más grandes del espíritu humano en la Edad Media; comprende una metafísica elevada y un sistema completo de moral y hasta de política.

Ahí tenéis, pues, al Salomón cristiano encauzando con la vara mágica de su ciencia, las corrientes del corazón y del pensamiento y armonizando la ciencia de los hombres con la ciencia de Dios.

Ha sido combatido; no importa; el gigante, dice un

(1) Histoire de la philosophie. T. I.

sabio (1), no ha dejado de crecer hasta el presente desde el fondo apartado de los siglos; su rodilla está más alta que la frente de los genios más ilustres, y su cabeza toca al cielo.

La razón y la fé, hijas del Padre de las luces habían encontrado enemigos ciegos y fanáticos que trabajaron por destruir su armonía: La razón vagaba triste y solitaria en medio de horribles agonías, y la fé quería volverse al cielo porque no hallaba en la tierra á su compañera; y un día las encontró Tomás ultrajadas, la una por los falsos misticismos, y la otra por el racionalismo escolástico y el panteísmo oriental; las hizo darse ósculo de paz y de eterno amor y las presentó hermanadas en sus obras inmortales.

Si Adán prevaricó víctima de la soberbia, ansioso de saber la ciencia del bien y del mal, si Salomón eclipsó los resplandores de su sabiduría, esclavo de viles pasiones, Tomás se humilló como austero cenobita, y su plegaria subió, cual escondida flecha, y fué á clavarse al corazón de Dios, y Dios, herido de amor, le reveló las maravillas de su ciencia; y tanto fué lo que Tomás estudió en sus comunicaciones con la divinidad, que llegó á decir á un compañero, que más que en los libros había aprendido á los pies de un Crucifijo: Tomás amó la pureza, y le llamaron Angel, y sentado, cual monarca en su trono sobre los muros del templo del saber, arrancó sus misterios á la naturaleza, y su sabiduría descubrió los secretos guardados por las entrañas de la tierra, por el azul del firmamento y por las sombras de los abismos; y si San Pablo, dice el P. Raúlica (2), precisó el dogma y San Agustín lo desarrolló, Santo Tomás lo demostró en cuanto es suscepi-

(1) P. Fonseca.

(2) Filosofía cristiana.



ble de demostración. Divinamente inspirado, el Apostol de las gentes expuso la revelación, el Obispo de Hipona la Teología, y el dominico Tomás la filosofía de la religión cristiana; y si San Pablo es el Apostol por excelencia y San Agustín el teólogo por excelencia, Santo Tomás es el teólogo-filósofo por excelencia de la religión del Crucificado.

Y aquí me detengo, señores, en la falda de la montaña, sin fuerzas ni alientos para acercarme á la cumbre donde se levanta el genio Aquinatense y besar siquiera las plantas del Salomón de los tiempos cristianos.

Apojado en los principios de la revelación y de la ciencia, llegó Tomás á esas alturas desde donde domina los dos mundos de la inteligencia. Señores:

...esa es la escondida senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido.

Sois sabios; pero la ciencia del hombre frente á la ciencia de Dios, es aún más ténue que el pálido destello de una lámpara que se extingue ante la claridad de los rayos solares. En vuestros estudios, en vuestras investigaciones científicas, mirad á lo alto, que por algo llevamos la frente erguida y los ojos levantados: *¡Jesu dulcissime! da mihi intellectum*, exclamaba Tomás; ¡Jesús dulcísimo! dadme entendimiento para penetrar tus verdades; y nunca un sabio me parece tan grande y tan digno de respeto y admiración, como cuando le veo postrado á los piés del Dios de las ciencias y rindiendo su culto al más santo de los sabios y al más sabio de los santos.

